

Entre la celebración y el escarnio: mujeres contestatarias (1890-1900)¹

*Quando nasci, un anjo esbelto desses
que tocam, trombeta, anunciou:
vai carregar bandeira.
Cargo muito pesado pra mulher,
esta espécie ainda envergonhada.*

Adelia Prado, "Bagagem"

Reconocimiento, aplauso, homenaje, celebración / burla, mofa, ridículo, escarnio. Pueden continuar así acumulándose polarmente los sentimientos de este final decimonónico que arrancan las mujeres, especialmente las que alteran lo cotidiano. La heterogeneidad de este puede llegar a un cierto paroxismo, por ejemplo con las lavanderas que se animan a caminar –probablemente bajo un calcinante sol– a principios de 1895 hasta la sede del gobierno municipal porteño, reclamando contra la distancia que deben recorrer y por el precio que deben pagar para acceder a los lavaderos públicos.²

1. Extraído de Barrancos, D. (1994). Entre la celebración y el escarnio: mujeres contestatarias (1890-1900). En Fletcher, L. (Comp.). Mujeres y culturas en la Argentina del siglo XIX. Buenos Aires: *Feminaria*, recuperado de <http://bdigital.unal.edu.co/47128/1/9789902564.pdf>

La autora agradece la cooperación de Nicolás Iñigo Carrera y de Mario Gasparri por haber permitido el acceso a la biblioteca particular del Dr. Nicolás Repetto y a la documentación relacionada con la Unión General de Trabajadores (1903-1905) que se encuentra en la CGT, respectivamente.

A la Biblioteca del Congreso de la Nación, otro tanto.

2. A fines de 1894 la Municipalidad de Buenos Aires alegó insoslayables cuestiones de higiene para impedir que las lavanderas siguieran trabajando en el Río de la Plata, en la región cercana al Paseo de Julio (hoy Av. Leandro Alem). Se vieron obligadas a pagar un tributo de \$0.07 por el uso de los lavaderos habilitados en Buenos Aires, alejados de sus domicilios. En gran medida las obras del nuevo Puerto Madero estaban avanzadas; probablemente fue causante de la ordenanza.

Es imaginable la sorpresa de los transeúntes y hasta podemos calcular las caras azoradas que dan luego lugar a la mueca burlona y hasta al comentario despectivo. Es también probable que quienes ya se sienten tocados por un irreprimible impulso de identificación con sus iguales, en nuestro “amanecer del proletariado”, al verlas, adhieran con simpatía a su movimiento, tal como lo hace la prensa doctrinariamente adicta que aplaude la inusitada manifestación de las lavanderas.

Pero también la gran prensa debe, finalmente, curvarse ante la protesta. No otra cosa significa que su petitorio merezca un lugar en aquella, lo que permite enterarnos de la casi impecable lógica que impulsa su razonamiento. Expulsadas del río tras el justificativo de mejorar la higiene pública, las lavanderas –en cuyo nombre se expresan Catalina Costa, Catalina Buzzini, Rosa Gauna, Juana Echevarría y María Mazoqui– responden que “al hacernos retirar del río y viéndonos obligadas a ganar el sustento para nuestros hijos, tenemos que lavar en nuestras viviendas, que generalmente son en esas casas de vecindad habitadas por mujeres de nuestro oficio, donde nos vemos obligadas a aglomerar sobre la pobreza en que vivimos, las inmundicias de las aguas servidas del lavado, que tras de la miseria vendrá sobre nosotras y nuestra familia la epidemia de la enfermedad por falta de condiciones de higiene” ([Lavanderas], *La Prensa*, 1895, 27 de enero). A lo que agregan, reclamando por la distancia de los lavaderos habilitados: “Medite el señor Intendente, ¿cuál es más saludable y más higiénico, dejar sin amparo a quinientas familias cuyo número mayor de hijos tienen que dejar abandonados, expuestos al pillaje y la holgazanería y amenazados por el porvenir de un estado miserable?” Esta vez la nota se libra a la consideración pública, lo que no es habitual.

El movimiento pendular relativo a la valoración de las mujeres que se exponen a actos “no previstos” para el género, como se verá, no es patrimonio apenas de las tendencias conservadoras de la sociedad argentina, cuya mirada sobre lo femenino es justamente un recurrente traqueteo entre la cúspide y el abismo. Como se sabe, el fin de siglo es particularmente neurovegetativo sobre el género, condenatorio o absolutorio según corresponda, y esta extrema oscilación suele no economizar siquiera a las vanguardias ideológicas que abrazan su condición.

Me ocuparé de algunas circunstancias donde asoman las conductas irruptoras de mujeres cuya condición de trabajadoras, o de familiares de trabajadores, las lleva a una vinculación con el socialismo, circunstancias en las que pueden observarse los contrapuntos valorativos de los juzgamientos. Como se recordará, la nueva fuerza política, cuya entera conformación se logró en 1896³ terminó inscribiéndose en la tradición reformista –o revisionista si se prefiere– según la cual la transformación que altera las relaciones capitalistas solo es posible mediante la paulatina evolución de las instituciones. Sin embargo, los pasos iniciales del socialismo en el país no desconocieron la presencia de organizadores y militantes más radicalizados provenientes sobre todo de las filas obreras junto a las conocidas figuras intelectuales que optaron por fórmulas revisionistas, de acuerdo con la atmósfera de la Segunda Internacional. A pesar de que el Partido Socialista tornó cada vez más enfático el tono de la reforma social y política, permaneció una corriente «obrerista» que se empeñó en desarrollar los organismos de resistencia entre el naciente proletariado. A ella le debe mucho la asociación inaugural de las trabajadoras.

Es sobre todo en esos primeros años de experiencia socialista –a lo que debe agregarse el fermento notable del anarquismo, cuya radicalidad le aseguró indiscutible hegemonía entre los sectores trabajadores ya entrado el nuevo siglo– que discurre un persistente discurso a favor de la liberación femenina en la prensa partidaria⁴. Desde la temprana publicación en forma de entregas de uno de los más famosos provenientes textos de la socialdemocracia, *La mujer y el socialismo* de Augusto Bebel⁵ hasta la serie dedicada a encomiásticas biografías de las mujeres de la Revolución Francesa, ambas a cargo de *La Vanguardia* durante 1897, has-

3. El Partido Socialista Obrero Argentino, que más adelante iría a reconocer continuidad como Partido Socialista, tuvo entre sus conocidos antecedentes los esfuerzos de algunos grupos refugiados de la Comuna de París que constituyeron la asociación Les Egaux, un grupo de italianos que formaron el Fascio dei Lavoratori, y el núcleo fundador del Club Vorwaerts (compuesto de trabajadores alemanes), además de otros núcleos locales incluidos algunos agrupamientos del interior. Entre las primeras manifestaciones pro socialistas se encuentra la participación de una delegación argentina al Congreso de París (1890) del que emergieron impulsos decisivos para la formación de la Segunda Internacional.

4. Ver especialmente Sowerwine (1978), Evans (1976) y Hilden (1986).

5. Se tiene la certeza de que el libro de A. Bebel fue uno de los que alcanzó mayor difusión, al punto de convertirse en un “best seller”. De acuerdo con Franco Andreucci, “A difusão e a vulgarização do marxismo”, entre 1879 y 1913 hubo 53 ediciones del libro y su traducción se realizó en 11 idiomas (Hobsbawm, 1982).

ta la prédica a favor del mejoramiento de la condición femenina, que suele tener constancia en la publicación, todo habla a las claras de la importancia concedida al problema. Es cierto, ello transcurre dentro de las tensiones propias del discurso “prerrogado”⁶ característico del momento, fenómeno del que se revelan ejemplares las escenas que el destacado militante Adrián Patroni crea en “La mujer de un socialista” (*La Vanguardia*, 1897, 5 de junio)⁷, narrativa en la que después de algunos forcejeos una mujer, antes reprobadora, acepta la inscripción socialista de su marido, un obrero con quien habita “en el suburbio”. El texto, como tantos de los que persiguen elevar la conciencia de los trabajadores, incluye a otra mujer ya “convertida” a los ideales socialistas, que empuja a la que es renuente a aceptarlos utilizando hasta párrafos del propio Bebel.

Ciertamente es en la prensa socialista y anarquista, y en la enrolada a alguna forma de “librepensamiento”, que el arco a favor de la causa femenina se tensa todo lo que permite el momento histórico, si bien ello también tiene sus excepciones en lo atinente a un espinoso problema: la incorporación masiva de las mujeres en la manufactura y la industria donde es tradicional la fuerza de trabajo masculina. Algunas corporaciones –sobre todo las que constituyen la “aristocracia obrera”– serán decididamente opuestas a la concurrencia femenina, sabidamente los gráficos⁸, y la burla puede ser entonces la manera más rápida del juicio descalificante.

Sin embargo, la prensa política del socialismo se cuida de menear este tipo de contradicciones y evita poner leña en la hoguera; más bien

6. Me he ocupado del discurso “prerrogado”, o “concedido”, en “El contrafeminismo del feminismo anarquista” (Barrancos, 1990).

7. Entre los hechos que han convencido a Juan, el protagonista, es haber asistido a un acto en un salón “repleto de espectadores y, entre estos, muchas *madres de familia con chicos*”.

8. La posición adversa de los gráficos al ingreso de mujeres a los talleres es un dato universal. La mirada crítica, aunque no reaccionaria del sociólogo J. Delevsky detectó los conflictos obreros al mismo tiempo intergenéricos en numerosas huelgas de diversos grupos de trabajadores en Inglaterra, Estados Unidos, Bélgica, Alemania y su propio país, Francia. Se hace cargo de testimonios como el de Lily Braun quien en *Die Frauen frage* asegura que “en el dominio del trabajo proletario el hombre puede ser considerado como un enemigo de la mujer”, aunque consideraba que esa circunstancia procedía de las necesidades económicas. Ver de este autor *Antagonismes sociaux et antagonismes prolétariens* (1924). Para la oposición al trabajo femenino en Uruguay remito a Yamandú González Sierra, *¿Obreras, madres o prostitutas? La “cuestión femenina” en el Uruguay de fines del siglo XIX*.

señala las causas sociales que “obligan al trabajo femenino” y denuncia los atropellos que padecen las trabajadoras. Tratándose de estas, la prensa socialista constituye, junto con la anarquista, un dique contra la burla y el menoscabo. Esta tradición ya sido expresada de manera peculiar, entre otra prensa contestataria, por el periódico *El Obrero*, dirigido por German Ave Lallemand. La publicación no vacila, por ejemplo, en reconocer el valor contestatario de Rosa, una jovencita –casi una niña–, quien en abril de 1892 ha incendiado el taller gráfico donde trabajaba, seguramente harta de humillaciones (*El Obrero*, 1892, 9 de abril), aun cuando seguramente sus propios compañeros juzguen una locura la hazaña. El gesto contestatario a ultranza de Rosa recibe, pues, magnanimidad en esta prensa, magnanimidad casi celebratoria. Otra circunstancia vivida en las páginas de *El Obrero* es salir al paso de ciertos desenfados burlescos contra la condición femenina registrados, al parecer, por el diario *El Argentino* (La comunidad de mujeres, *El Obrero*, 1894, 26 de mayo).

Sin embargo, no faltan los repliegues hacia la orilla de la mofa estrepitosa cuando se trata de cuestionar algunas propuestas “osadas” en materia de diversificación de las oportunidades formativas. Tomemos el ejemplo que se nos ofrece en abril de 1897 cuando aparece la iniciativa de abrir una “Academia de Contabilidad y Mercantil para señoras” (sic). *La Vanguardia* en realidad satiriza a su promotor, de nombre César Mausero, a quien lo ve ridículo en su papel de favorecedor del desaparecimiento de las tareas manuales femeninas. Obviamente, le asigna un grosero interés mercadológico que no tiene escrúpulos (*La Vanguardia*, 1897, 3 de abril).

El contrapunto entre el reconocimiento y la chanza tiene una oportunidad singular cuando las costureras deciden formar su agremiación. Es bien sabido que fue la corriente socialista la que impulsó precozmente su entidad. El nombre de María Mauli, la compañera de Carlos Mauli, una figura de talla en las luchas gremiales del momento, suena alto en el empeño de llevar los ideales socialistas a las trabajadoras.

En enero de 1895 parece cuajar definitivamente la tarea que María ha venido ejerciendo entre sus compañeras –que incluyen entre otras a Fortunata Morel de Berón, María Viani, Josefa de Varela, Rosa Álvarez, María P. de Reinoso, María Godoy, Lucía M. González, Teresa Álvarez,

Mercedes Mausele, Carmen Almayá –y se realiza la reunión constitutiva “con más de 200 asistentes”, según la prensa partidaria–. La asamblea alcanza momentos notables; se propone que además de los reclamos salariales y mejores condiciones de trabajo, pueda contarse con un sistema de “ayuda mutua” para amparar la salud. Hay también una propuesta de crear una “cooperativa de producción” para las socias. Pero es evidente que duras desavenencias sobrevienen a causa del perfil definitivo de la nueva asociación y ello no permite que la comisión emergente cumpla su cometido. En realidad se trata de un choque entre dos posiciones: la liderada por María Mauli a favor de una asociación definida sin tapujos por el objetivo de la “resistencia”, y la encabezada por María Reinoso que preconiza esencialmente una “entidad de socorros mutuos”. Es evidente que se llega a un cierto armisticio y adherentes de ambas fórmulas resultan electas para la conducción gremial.

Las desinteligencias estallan y se expresan en una nueva asamblea; los perfiles femeninos resultan nítidos. María Reinoso exclama: “Compañeras: nada de gritos subversivos”, y a su propuesta de una Sociedad de Socorros Mutuos se le interponen Fortunata Morel de Beron, María Mauli y seguramente otras voces. El clima alcanza toda su tensión cuando algunos grupos abandonan la reunión en medio de palabras hostiles.

Finalmente se impone la línea más radicalizada y surge la comisión directiva de la “Asociación Cosmopolita de Obreras Costureras” con los nombres de María Viani como Presidenta, de Mauli como secretaria, de Concepción Molinero como pro secretaria y de Fortunata Morel de Berón como tesorera. El comunicado que sueltan revela su determinación: “Debemos rechazar –dicen– a los que nos recomiendan el trabajo como virtud, cuando ellos no hacen otra cosa que divertirse en bailes y fiestas. No nos hemos asociado para formar una escuela de templanza, que no la necesitamos” (*La Vanguardia*, 1895, 16 de febrero). Y en cuanto al clima de la gran prensa “que ha reseñado burlescamente nuestras asambleas so pretexto de que estas no han sido muy ordenadas», “debéis comprender que en todas las sociedades hay desórdenes más o menos repetidos, limitándose en nuestro caso a que durante un rato muchas hablaban a la vez”. “Si ha habido algunos desórdenes” –continúa– “nos enaltecen por las causas que los han promovido. No hemos podido ver sin protestar –continúa la

nota— que algunas compañeras mal aconsejadas pretendan desnaturalizar los fines de nuestra sociedad [...]. La indignación provocada por esta tendencia nos parece muy justa”.

Es que *La Prensa* se ha ocupado largamente de los hechos, titulado como “Asamblea borrascosa” (*La Prensa*, 1895, 4 de febrero), e “incidentes” la crónica, ciertamente puntillosa, que se encarga de difundir el “desorden”, “ruidoso en extremo” de la asamblea de las costureras. “Infinitas veces se reclamó orden, no obteniéndose nada que fuera parecido a esto”. Las escenas de asambleas de mujeres y además trabajadoras deben, seguramente, constituir un revulsivo para la mentalidad del momento, y si a ello se agrega la estridencia de la compulsión de opiniones, esa redoble suena a transgresión lamentable que conviene rebajar con la chanza, algo más duro que el tono directo de la recriminación.

En contrapartida, las mujeres que consiguen como las costureras marchar osadamente hacia la renovación encuadradas en los ideales del socialismo obtienen, bajo ciertas circunstancias, la admiración celebratoria de los compañeros de causa. No otra cosa ocurre con la participación de la joven Luisa Pizza que por primera vez habla en nombre del género en un acto público del socialismo. Poco sabemos de la muchacha, probablemente familiar de Miguel Pizza —una destacada figura de los albores partidarios, de extracción obrera— y parece evidente que su gesto, en aquel 1º de Mayo de 1896, si ha incendiado los corazones también se ha consumido en ese acto, como las minúsculas forjas que no ingresan a la historia.

El socialismo conmemora la fecha con una fiesta «campestre» en la quinta «Los Leones», en los Corrales Viejos (donde se emplazaba el antiguo matadero porteño) y solo están previstos discursos masculinos. Hacia la tarde, “llamó mucho la atención —dice la crónica de *La Vanguardia*— el hecho de que una señorita, tomando una bandera roja, ocupara la tribuna. Era Luisa Pizza quien dijo estas pocas palabras elocuentes: “Compañeros, la causa del socialismo no es, ni debe ser, la causa del hombre solamente. También las mujeres debemos ser socialistas. Os invito a que demos un viva al 1º de mayo y al socialismo” (*La Vanguardia*, 1896, 9 de mayo).

Como no podía ser de otro modo, la nota agrega: “Fue calurosamente

aplaudida”. Las palabras de Luisa son el detonante para que los asistentes se encolumnen y busquen en manifestación la salida hacia la calle a cuya cabeza van cuatro muchachas portando las banderas rojas. El espectáculo conmueve, la participación femenina resulta excelsa. ¿No ocurre otro tanto cuando se escucha en noviembre de 1896 a Vitalina Pachecho o se asiste a la conferencia de Cipriana Cardala en Barracas, en mayo de 1897, que desarrolla las relaciones entre la mujer y el socialismo? ¿Y no hay, por ventura, que conceder un buen lugar el periódico, de todo reconocimiento, a las quejas de Eugenia Parquet, la camisera que denuncia las condiciones de explotación del trabajo a domicilio, y lo que soportan por añadidura, esto es, “las burlas de la *gente bien* que hacen *sprit* con las pobres costureras que tienen que atravesar las calles con sus atados a la cabeza”? (El trabajo de la mujer, *La Vanguardia*, 1897, 15 de mayo).

Propongo, finalmente, el examen de otro escenario unos años más adelante, para corroborar que ciertas osadías de las “compañeras” pueden, sobrepasando el sarcasmo, redundar en respeto. Se trata esta vez de un ámbito institucional socialista, en el seno mismo del movimiento obrero organizado. Es conocida la circunstancia de que las organizaciones de los trabajadores consiguieron una central unificada con la Federación Obrera Argentina surgida en 1901 que prometía saldar las diferencias ideológicas entre anarquistas y socialistas. Es también sabido que ya a fines de 1902 la ruptura resultaba inevitable. En marzo de 1903, los socialistas se separaron definitivamente y originaron la Unión General de Trabajadores –UGT– en cuyo Comité Ejecutivo Nacional se hizo participar a Cecilia L. de Baldovino, representando la recién creada Unión Gremial Femenina.

Cecilia había tenido una aquilatada actuación como organizadora de las obreras. Su compañero, Luis, tuvo destacada participación en los inicios del partido contribuyendo a la organización de los trabajadores; por algunos años, fue secretario de la agrupación de Obreros en General, su representante ante la FOA, y naturalmente adherente de la recién surgida UGT. Pocas veces reparamos en que los méritos militantes de Cecilia, seguramente, debieron ser reconocidos, una vez que la nueva central le cedió un lugar en la cúpula dirigente al conferirle las tareas de Tesorera.

Las reuniones de la UGT cuentan con las representaciones directas de cada nucleamiento, de modo que Emeteria Boria primero, Magdalena Rosolli después, y Clementina Forti más adelante –en representación de la Unión Gremial Femenina todas– completan el diminuto cuadro de la presencia femenina en esas reuniones, siempre nocturnas, de la central obrera socialista.

A poco andar, Cecilia coloca objeciones sobre la manera en que andan las cosas. Es muy probable que no esté de acuerdo con ciertos manejos del Comité, sobre todo en lo que respecta a la posibilidad de engaños sobre la representatividad efectiva de algunos nucleamientos. En la sesión del 3 de junio de 1903 Cecilia se manifiesta: “[La Tesorera] hace constar que de las 28 sociedades que mandaron su adhesión [...] solo 17 han abonado sus primeras cuotas, no estando los demás, por consiguiente, adheridas de hecho, según prescribe los Estatutos de la Unión en su art. 10” (Libro de Actas UGT Sesión 1903, 3 de junio). Pero la voluntad de sus compañeros determina que esa cuestión debe quedar aplazada, “hasta que se haya normalizado la marcha de la Unión”. Cecilia se anima a enfrentarlos y envía circulares a todos los organismos reclamando la cuota, so pena de no ser reconocidos en la central, y la tormenta se desata.

En la sesión del 1º de julio el tumulto es de consideración. Una buena mayoría apoya la moción de Basilio Vidal para “que se suspenda a la compañera Cecilia S. de Baldovino en el ejercicio de sus funciones [...] hasta tanto no se retracte en una asamblea convocada al efecto del acto de indisciplina cometido, pasando por una resolución del Comité Nacional y de la Junta Ejecutiva de la UGT” (Libro de Actas UGT Sesión 1903, 1º de julio).

Dígase de paso que los únicos que aprueban una “censura simple” a la conducta de Cecilia son los obreros pintores, de la Capital y de San Nicolás. Una bien explicada abstención parten de su compañero, Luis Baldovino y de la compañera Roselli de la UGF, a quienes se unen los estibadores del puerto de La Plata.

El temperamento de Cecilia puede medirse por su conducta en la sesión siguiente. Sigamos el registro del obrero Lazola, secretario de actas: “Se discute el proceder de la Tesorera con motivo de haber pasado varias notas poniendo en malas condiciones a la Junta Ejecutiva y al

Comité Nacional: estando presente dicha compañera toma la palabra y lejos de retractarse confirma sus actos se entabla una acalorada discusión y la compañera Baldovino *vuelve a faltar al Comité Nacional tratanlos(sic) de mistificadores y ambisiosos(sic)* presentando su renuncia y retirándose de la sesión (Libro de Actas UGT Sesión 16-7-1903). El gesto determinado de Cecilia crea una “impasse”; es necesario resolver algo que, finalmente –tal vez sin que sus promotores lo imaginen– dará el triunfo a la osada Tesorera al imponerse la siguiente moción: “En vista de que la compañera Baldovino no se ha retractado e insiste formulando cargos hirientes y calumniosos [...] que se pasen los antecedentes a las sociedades adheridas y que procedan en consecuencia por medio del voto *general* (énfasis mío). A lo que se agregará: “que la compañera Baldovino continúe suspendida hasta que se pronuncie el voto general al respecto” (Libro de Actas UGT, Sesión 1903, 16 de julio)⁹. Esta pequeña guerra de Cecilia tiene un final interesante: el voto general –según la tradición sindical, “un hombre, un voto”– la confirmó como Tesorera con 431 adhesiones y le permitió ocupar el quinto lugar entre los siete más votados.

La manera en que quedaron registrados estos hechos puede reconducirnos a la dicotomía valorativa de los gestos femeninos, en esa bisagra de los dos siglos. Creo que la constancia de las expresiones de esta militante, agraviantes para la conducción masculina y resumidos en “mistificadores y ambiciosos”, patentiza la pendularidad con que es tratado el género. Al consignarlas obra una suerte de sarcasmo que convive con una secreta admiración celebratoria.

Bibliografía

Barrancos, D. (1990). *Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglos*. Buenos Aires: Contrapunto.

Delevsky, J. (1924). *Antagonismes sociaux et antagonismes prolétariens*. Paris: College Libre des Sciences Sociales.

Evans, R. (1976). *The Feminist Movement in Germany 1894-1933*. London: Sage.

⁹ Es evidente el clima tenso de esta sesión: esta moción aprobada no constaba y debió incluirse cuando se realizó la lectura y aprobación del acta en la sesión siguiente.

Hilden, P. (1986). *Working Women and Socialist Politics in France 1880-1914. A Regional Study*. Oxford: Clarendon Press.

Hobsbawm E.J. (Ed). (1982) *História de marxismo*. V. II. Río de Janeiro: Paz e Terra.

Sowerwine, C. (1978). *Les femmes et le socialisme*. Paris: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.

González Sierra, Y. (s/f). *¿Obreras, madres o prostitutas? La "cuestión femenina" en el Uruguay de fines del siglo XIX*. Informe Beca del Programa de Formación e Investigación sobre la mujer – CLACSO.